

HISTORIA DE DOS EXPERIENCIAS ESCOLARES

La aceptación personal del niño disminuido

Presentamos dos experiencias escolares, bien lejanas geográficamente, pero absolutamente cercanas en sentido común y eficacia: una, de la Escuela Primaria de Barkhamsted, en Estados Unidos, y otra en el pueblo de Sésamo, de la provincia de La Coruña.

Ambas están relatadas por los profesores protagonistas y demuestran que, ante todo, aparte naturalmente la ciencia y discusión que lleva consigo la educación de estos niños, el sentido común, el cariño, la atención a los niños ante todo como personas, constituyen la base del éxito.

«Una persona es una persona»

«¿Qué voy a hacer en el recreo?». «¿A qué voy a jugar?». «¿Querrán jugar conmigo?». «¿Tropezaré con algún niño?». «Me da vergüenza que se fijen en mí cuando entre en el comedor»... «Tengo miedo a hacer algo mal y que se rían de mí, y de ponerme colorado».

Estas expresiones proceden de un grupo de niños sanos, de tercer grado, que iban anotando diariamente sus impresiones a medida que realizaban un programa de dos semanas sobre «Comprensión del niño disminuido» en la escuela primaria de Barkhamsted, EE. UU. Uno de los puntos clave del programa consistía en hacer que estos niños sanos experimentasen de algún modo un número determinado de handicaps. Tenían que actuar como si padeciesen una limitación fí-

sica determinada, por ejemplo, la falta de un pulgar, de una mano o de un brazo; como si tuviesen que utilizar muletas o una silla de ruedas; como si fuesen ciegos, sordos, mudos, etc. Su representación duraba varias horas, e incluso llegaban a actuar el día entero, pero siempre dentro de sus actividades escolares regulares.

Los especialistas del Colegio también participaron. El profesor de Educación Física organizó un curso de obstáculos para ciegos y un juego de pelota, donde los alumnos conducían miniscotters. Esto les entusiasmó al principio, pero pronto acusaron las molestias que provocaba el verse confinados y limitados. El Profesor de Música escribió una canción sobre diferencias, y el Club de la Alegría cantó una can-



ción aprendida en lenguaje de signos. En clase de Arte los niños recortaron y pegaron grabados, pero tratando de no utilizar sus pulgares, lo que les resultó muy pesado y difícil.

Tratar de comprenderse

Hubo numerosos conferenciantes e invitados a este tipo de experiencia. «Una de las experiencias que más gustó a mis alumnos —dice el director del Centro—, fue el poder comunicarse con siete estudiantes sordos que hablaron por señas con nosotros. Fue una tarea verdaderamente difícil. Los alumnos de Tercero dijeron su nombre por señas y cantaron una canción. El nerviosismo de los dos grupos se convirtió pronto en alegría al ver que se podían comprender.

«Mi clase —dice— tuvo también la oportunidad de encontrarse con otras personas igualmente interesantes, que padecían algún hándicap. Los niños hablaron con un jugador de baloncesto, que estaba en una silla de ruedas, y la charla se convirtió pronto en un diálogo muy vivo sobre este juego. También charlaron con tres ciegos y la conversación sirvió para demostrarles la singularidad de cada individuo, así como los diversos modos que tienen ellos de enfrentarse con la ceguera: uno utilizaba una caña blanca y plegable; otro se valía de un perro guía y el tercero dependía de las personas. A dos les gustaba usar el Braille, pero al tercero no. Todos merendaron juntos y al final comentaron las comidas que más les gustaban y las que menos. Los niños sanos le preguntaron a los disminuidos si podían ir solos al cuarto de baño.

Uno de mis estudiantes le preguntó a un adulto sano qué le interesaría hacer si hubiese sufrido una parálisis cerebral. Esto se convirtió en una experiencia muy interesante, pues se animó a este niño para que formulase directamente la misma pregunta a uno de los disminuidos que sufría este hándicap. El hecho más significativo que todos recordamos del encuentro es que todo disminuido físico quiere que se le trate como a los demás seres humanos. Durante la semana, algunos adultos hablaron también en la clase sobre su propio hándicap físico, y cómo se arreglaban para vivir con él. «Cada vez me maravillo más —dice el profesor— de ver cómo todos los seres humanos tratamos de mantener escondidas nuestras propias limitaciones. Estoy convencido de que también yo trato de esconder mis propios hándicaps, para evitar el sentirme ridículo».

● Un programa especial para dos semanas

Antes, durante y después del programa los alumnos de Tercer Grado tuvieron que responder a un cuestionario. También se distribuyó el programa a toda la escuela, para observar las distintas reacciones. Durante la realización de esta experiencia los niños tenían que anotar sus impresiones en un diario. Muchos estudiantes elaboraron modos alternativos para completar el trabajo diario, dependientes de su hándicap. Otras actividades incluían visionado de películas, vocabulario, escritura de cartas, un videotape con actividades de roleplaying, actividades de grupo y numerosas discusiones.

Este programa de dos semanas sobre «Comprensión del niño disminuido» formaba parte de un amplio objetivo que abarcaba todo el año escolar, titulado «Cada Persona es diferente» y merece atención. Yo le doy mucha importancia a este tema —dice el director— porque estoy harto de ver cómo las personas disminuidas, tanto niños como adultos, son objeto diario de burlas e incomprensiones. Por eso, durante el curso, trato de subrayar el valor y la individualidad de las

personas. Creo que los seres humanos se hacen más tolerantes con los demás a medida que aprenden a aceptarse a sí mismos. Este trabajo de auto-aceptación y de responsabilización de los alumnos se consigue en sí mismos, hago que su pensamiento se proyecte hacia los demás. Luego discutimos y participamos en actividades experimentales que ponen de relieve las diferencias humanas, tanto en las clases como en las familias: hay diferentes estilos, hay diferentes razas y culturas. Una de estas experiencias supone el ser excluido de una actividad divertida «tan sólo porque esa persona tiene un color de pelo determinado». Puede suponerse el resentimiento que provoca esta injusticia, ya que nadie puede controlar el color de su cabello, ni es responsable de ello».

● Enfrentarse al ridículo

Un niño, hablando de los hándicaps, sacó la conclusión de que «el hecho de ser como eres te limita mucho». Al comentar con ellos estos problemas, insistieron en que una de las mayores dificultades residía en el miedo o temor a sentirse ridiculizado. Este miedo —dicen— nos coarta a muchos de nosotros, y nos impide llevar a cabo nuevas experiencias. Una niña saltó de su silla de ruedas al acercarse a la puerta del recreo gritando: «De ningún modo salgo afuera. Se van a reír de mí, se van a reunir alrededor de la silla y me van a mirar fijamente». Nosotros charlamos con ella y le recordamos el objetivo del programa. Esto la animó a salir y arriesgarse.

Algunos niños dijeron que, después de algún tiempo, se sentían capaces de aguantar las bromas, y que incluso eran capaces de ignorarlas. Pero no todos se sentían tan seguros. Les daba miedo sobre todo ir al recreo y al comedor. Incluso algunos, que no simulaban ningún hándicap, sufrían al ver que alguien se reía de un ciego o de un sordo. «Esto es una señal clara de que no aceptamos al minusválido», decían.

En el pre-cuestionario seis alumnos dijeron que la ceguera era contagiosa, y otro estudiante creía que los sordos lo solucionaban todo comprando un aparato para oír. Algunos estaban convencidos de que los sordos eran retrasados mentales, y que tenían ese aspecto porque no podían oír». Ahora —dijo uno— siento remordimientos por haber pensado así. Es como si les hubiera puesto motes. Los he visto hablando y comunicándose en lenguaje de signos y demostraron ser más inteligentes de lo que yo creía».

Los niños fueron sinceros al expresar sus sentimientos. «Era divertido ser mudo, pero para las otras personas que me veían...» «Fue una experiencia frustrante el no poder hablar en todo el día. Algunas veces me sentía tan molesto que tenía que hablar. Una persona que es realmente muda debe sentirse muy frustrada». «Yo quería ir en la silla de ruedas —dice otra—. Me parecía divertido. Pero si realmente tuviese que andar en una silla de ruedas toda la vida, ya no lo sería tanto».

Después de haber experimentado tantos sentimientos de humillación y de frustración ante las propias limitaciones; después de haber sentido rabia y pena al verse ridiculizado o compadecido, todos aprendimos una gran lección, concluye el director. Aprendimos e interiorizamos, sobre todo, un mensaje muy importante: una persona disminuida debe ser tratada como otro ser humano cualquiera. Ellos quieren esto, y quieren ser lo más independiente posible. Recordar esto, principalmente antes de enfrentarse a una persona minusválida, ayuda incluso a reducir los propios miedos y complejos. Además, acabamos cayendo en la cuenta de que todas las personas tenemos algún hándicap. Como decía un alumno: «A mí no me importa en absoluto si una persona anda con muletas o tiene cualquier otra dificultad. Es una persona, y eso basta».

Análisis de un caso: la integración de Joaquín

● Situación inicial en el curso 81-82

En septiembre del 81, la madre de Joaquín, un niño de tres años con el síndrome de West (Transtorno epiléptico en la infancia de carácter grave) y evidentes rasgos autistas solicita si puede venir con su hijo durante los recreos con el fin de que el niño esté en contacto con los otros niños de su edad. La escuela de Sésamo, con la que Joaquín va a entrar en relación desde ese momento, es una escuela unitaria de párvulos con una matrícula media anual de 18 niños, situada en el Ayuntamiento de Culleredo, a 12 kilómetros de La Coruña, con un edificio en aceptables condiciones y un campo de recreo muy grande.

Ante la idea de que durante el curso 82-83 se incorporara al horario normal, mis expectativas fueron de temor ante la duda de si su comportamiento influiría mucho en la marcha de la clase, si perturbaría su desarrollo normal, ante las reacciones de los otros niños y ante mí misma que no había tenido anteriormente ninguna relación con niños «diferentes». Al mismo tiempo la consideraba una obligación ante la familia que buscaba un centro para su hijo y ante el propio niño al que ni yo ni nadie podíamos coartar su derecho a estar en la escuela relacionándose con los otros niños que llamamos «normales».

La escuela ha tenido que hacer unas ligeras modificaciones en su organización, como cambiar el recreo de hora y de duración, a fin de que Joaquín pudiera venir y aprovechar este rato de estar con los niños durante el curso 81-82. Durante el curso 82-83 hemos tenido que adelantar y agrupar las actividades que requerían una mayor atención a la primera hora de la mañana de forma que, cuando llegara Joaquín, estas actividades ya estuvieran hechas. Durante el curso 83-84 algunos juegos dinámicos se han tenido que realizar a primera hora de la tarde cuando la madre de Joaquín estaba aquí con el fin de recabar su ayuda. Algunos paseos y salidas no se han podido hacer cuando surgieron sino tras llevar a Joaquín a su casa o indicar su no asistencia cuando se efectuara esta actividad.

La familia se ha mostrado siempre muy solícita a ayudar en lo que la escuela necesitara, para su hijo o para los demás niños y en aceptar los horarios que yo sugería. Ha habido realmente una gran colaboración.

● Cuando empezó el curso 82-83, Joaquín estaba así:

Acepta quedarse en la escuela, pero su madre tiene que marcharse sin que él la vea. No se relaciona con los otros niños ni ellos con él. A mí me ve con «buenos ojos» y me acepta favorablemente. Pasa casi todo el tiempo ausente con posturas estereotipadas: tapándose un ojo, tumbado, etc., sin embargo, a mediados de curso manifiesta interés por venir a la escuela y se escapa varias veces de casa. No responde a ninguna orden oral, ni al ser llamado por su nombre. Sólo emite gritos de malestar y risas. Mantiene muy poco la mirada sobre las personas o los objetos.

Rechaza cualquier objeto nuevo y sale huyendo ante cualquier sonido o ruido nuevo, desde el de un instrumento de música al de la moto que pasa cerca. No utiliza el dedo índice para nada. No tiene ninguna iniciativa con los objetos de la

clase. Todo debe partir de estímulos y es necesario romper constantemente su rechazo hacia las cosas.

● Curso 83-84

En este momento, después de casi dos cursos de estancia en la escuela, de períodos alternativos de terapia específica, además de elaboración de programas individualizados de objetivos y actividades realizados por el equipo de E.P. del Centro Base del INSERSO de La Coruña y con un ambiente familiar estimulante, Joaquín ha dado un cambio muy grande y desde luego imprevisible hace un año.

—Joaquín *ha descubierto* el lenguaje. Uno de los momentos de mayor satisfacción para él, por lo contento que estaba, y desde luego para mí, fue cuando con esta frase (simple a nuestros ojos) «Rosario, esta é a man» logró comunicarme algo. Quizá sea éste el avance más espectacular porque se partía de cero. En este momento utiliza unos 50 nombres y unos 10 verbos con unas estructuras muy sencillas y repetitivas aunque, como en todos los casos de inicios en el lenguaje, el número de palabras que conoce es mayor que el número de palabras que utiliza.

—Ahora Joaquín busca la *relación con las personas*, va junto a los niños en el recreo sin importarle pisar la hierba (abhorrecible hace un año) y alejándose del edificio escolar, reconoce por su nombre a algunos niños, los llama, los toca. Le encanta como a muchos de ellos revolcarse por la alfombra con algún amigo. Va de la mano de algún niño cuando damos un paseo. Los demás niños, a medida que él se hace más partícipe de la clase, también manifiestan interés por él, preguntan cosas sobre él, lo llaman, le hacen los mismos juegos que me ven hacerle a mí, le acercan los juguetes o le hacen rabiar quitándoselos, a veces también recibe algún empujón.

—Ahora *manipula todo* y lo mira antes de dejarlo, se acerca a las estanterías, recorre toda la escuela y sus dependencias, se escapa al patio, coge una silla y se sube a ella para observar mejor algo que está alto. Pasa por debajo de la mesa para coger algo que le interesa. Coge la tiza y raya en el encerado. Empieza a ordenar las piezas o pinturas que están fuera de su caja por propia iniciativa. Abre los cajones, mueve las mesas, los bancos...

En los aspectos de manipulación y *movimiento* ha progresado mucho: hace pinza digital, corre, salta. Ha superado casi todas las recomendaciones dadas en marzo del 83 por la terapeuta que lo atendía en el INSERSO y con la que ha tenido frecuentes entrevistas.

—En fin, se puede decir que ha nacido en él la *curiosidad*, la iniciativa y una cierta autonomía, valores que me parecen la clave para el conocimiento y que nunca sabremos apreciar bastante las personas a quienes nos vienen dadas sin necesidad de estímulo ni esfuerzo.

—Es, sin duda, una *experiencia positiva* para todos: para los niños, que han visto la escuela como continuación de la sociedad, no como un sitio al que «algunos» no pueden acceder; para mí, porque este niño nuevo y diferente me obliga a organizarme mejor, a conocer más cosas, a leer sobre él; y, desde luego, ha sido y es una gran ayuda para la vida de Joaquín.

Rosario Belda, maestra de la Escuela de Párvulos de Sésamo (Culleredo)